

El Carro de la Alegría

COMEDIA EN UN ACTO

POR

DIONISIO SIERRA



1921

Artes Gráficas - L. y M. Medina

MURCIA

A D. Francisco Giner.

Culto, bueno y fiel amigo: con el alma abierta a un deso-
cion, dedícole un ejemplar de esta obra romántica, en la re-
querida que sabré ver en ella lo que hay más allá del pro-
vairismo vil; esto es: romanticismo... ¡mucho romanticismo!

Su amigo leal y eterno romántico.

Antonio

1922

DMU
5432



tit. 234594
cb. 1476350

El Carro de la Alegría

COMEDIA EN UN ACTO

POR

DIONISIO SIERRA



1921

Artes Gráficas - L. y M. Medina

MURCIA



Esta obra es propiedad de su autor.

Los representantes de la «Sociedad de Autores Españoles» son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droit de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

PERSONAJES

PABLO (THON FABLÉ) jefe de la troupe

LUIS (SI-LU)

•RAFAEL (RAFF)

ARTURO (EL CLOWN TURON)

EL SEÑOR MARQUÉS

CLARA (LA DALIA) mujer del jefe

ANTONIA (COLOMBINA)

FLORINDA

CLAUDINA (HIJA DEL MARQUÉS)

CUADRO ÚNICO

La escena en las afueras de un pueblo sin caserío. Ocupando gran parte del escenario, un gran barracón de los que por feria ponen los bohemios para hacer sus funciones: mezcla de carro y tienda de campaña. En la parte superior habrá un letrero que diga «EL CARRO DE LA ALEGRÍA». En el costado habrá una campana sujeta a un palo. Bultos de ropa, sacos, un tambor, etc., diseminados por el suelo en primer término. Trajes a gusto del Director de escena. Horizonte amplio al fondo. Va a amanecer.

En el carronato, Clara y Pablo recostados sobre unos sacos durmiendo. Florinda en primer término, cosiendo, a la luz de un farolillo. Arturo, tendido, boca abajo, junto a Florinda, leyendo en alta voz en un libro que tendrá en el suelo.

ESCENA PRIMERA

ARTURO, PABLO, CLARA Y FLORINDA

ARTURO.—«Hamlet: ¡Ay! Pobre Yorik... Yo le conocí, Horacio... era un hombre sumamente gracioso, de la más fecunda imaginación. Me acuerdo que siendo yo niño me llevó mil veces sobre sus hombros.... y ahora su vista me llena de horror; y oprimido el pecho palpita... Aquí estuvieron aquellos labios donde yo dí besos sin número... ¿Qué se hicieron de tus burlas?» (*deja de leer*). Fíjate en esto Florinda (*sigue leyendo*). «¿Qué se hicieron de tus burlas, tus brincos, tus cantares y aquellos chistes repentinos que de ordinario animaban la mesa con alegre estrépito? Ahora falto ya enteramente de músculos, ni aún puedes reírte de tu propia deformidad» (*deja de leer*). ¡Qué hermoso es esto!

FLORINDA.—Es muy triste.

ARTURO.—Yo lo vi en Barcelona, con la calavera en las manos; vestido de negro todo.

FLORINDA.—¿Y pusieron el cementerio?

ARTURO.—Todo. ¡Qué hermoso y que verdad!

FLORINDA.—Pero, aunque sea verdad, no dá gusto que le recuerden a una que se ha de convertir en calavera. Siempre que habla Hamlet da pena de oirlo. (*Pausa*).

ARTURO.—Bueno, luego leeremos otro ratito. Va a amanecer.

FLORINDA.—Se acabó la costura.

ARTURO.—¿Qué cosas?

FLORINDA.—Un corpiño. Me estoy haciendo un traje de amazona. Cuando salga de nuevo voy a hacer furor. Un traje de amazona color fuego.

ARTURO.—Estarás divina, Florinda. La amazona Florinda. ¡Qué nombre tan bonito! Nadie creerá que es tuyo. Es demasiado bonito ese nombre en una artista de circo, para ser propio.

FLORINDA.—¿Por qué?

ARTURO.—¡Como todos son a variar sus nombres, Pablo se puso Thon Fablé. Pablo es un nombre vulgar. Thon Fablé en cambio suena mejor, suena a inglés, es más sonoro ¡Thon Fablé! Yo cuando era el augusto del circo, me llamaba Arturo, Arturito; pero me hice clown y tuve que variar. Y hoy son pocos los públicos que no conozcan al clown Turon.

FLORINDA.—(*Dejando definitivamente el trabajo*). Punto final.

ARTURO.—Voy a guardar el libro.

FLORINDA.—(*Irónica*) El libro favorito del clown Turon.

ARTURO.—No lo dirás en broma. Es mi libro favorito. ¡El filósofo Hamlet! El me recuerda—cuando le habla a la cabeza de Yorik—lo que será el día de mañana esta carátula que tanto ha hecho reir a los públicos. Los que vamos solos por el mundo, tenemos por compañeros los libros; ellos nos hablan de penas cuando estamos alegres—y con

esto nos hacen recordar que el sufrir es eterno—y nos alegran cuando estamos tristes.

FLORINDA.—No me mofo de tus aficiones, Arturo. Cada uno tiene las suyas; y esa deliciosa afición a leer es muy buena; quizá la mejor de las aficiones. (*Florinda se dirige a la campana y la hace sonar repetidas veces; los demás se despiertan*). ¡Ya amanece. Ya es de día!

ARTURO.—(*Que habrá guardado el libro*) ¡Qué hermoso sonido el de esta campana, cuando es escuchado en la soledad del desierto. Anda uno errante, buscando el carromato, después de larga temporada de abandono, y cuando empieza uno a cansarse y a desesperar, suena esa campana, y su sonido es toque de gloria, repique de júbilo que el descanso nos anuncia! (*Pablo y Clara bostezan en el carromato*).

FLORINDA.—Yo estuve el año pasado trabajando en un circo, y allí había una campana que tenía este mismo sonido. ¡Qué alegría me daba oírla! ¡Qué contenta; estar fuera de los míos y oír la campana que a ellos me reúne! Cuando después de vagar inciertos por el mundo, llega el invierno, que nos reúne, en este despoblado de Andalucía, con esta lengua de hierro que nos llama. Yo la oía todos los días y se me hizo el verano corto.

PABLO.—(*Saliendo del carro*) ¿Ha venido algún otro?

FLORINDA.—No, y es raro. Ayer ninguno. Veremos hoy.

CLARA.—Raff y Silú, debieron terminar ha tres días. Hoy sin falta deben llegar; esperemos.

PABLO.—Raff, es Rafael... y Silú es Luis. Aquí no quiero que se les nombre con otro nombre que no sea el suyo propio. Cuando trabajan por ahí, bien que se disfracen hasta el nombre y que nadie sepa de ellos; pero aquí, fuera la careta enseguida; a vivir en familia todo el invierno; a gozar de los placeres del hogar.

FLORINDA.—(*Triste*) Del hogar ajeno.

PABLO.—No; del hogar propio; este hogar es nuestro, de todos. Ahora... ese otro hogar... Los que no supimos construir otro hogar, porque no pudimos...

FLORINDA.—....O porque lo merecíamos

CLARA.—...O porque no supimos

ARTURO.—...O porque vivimos alejados del verdadero camino. Trabajar un arte; enamorarse de ese arte sin tener a nuestro lado quien nos aplauda con el alma, sin ruido de palmas sonoras que atruenen nuestros oídos, con besos, con besos.

FLORINDA.—¡Es tarde ya!

ARTURO.—¿Para qué?

FLORINDA.—Para empezar nuevos derroteros; para conocer nuevas caras.

ARTURO.—(*Con interés*) No; bastan con las que hay; con las que vemos todos los días. Si tenemos a nuestro lado lo que buscamos. ¿A qué buscarlo en otra parte?

PABLO.—(*Después de una pausa*). ¡Ea! ¿Idilios ahora?; no quiero amoríos en el barracón.

ARTURO.—¿Es malo?

PABLO.—Si, mucho. ¿Vosotros sabéis por qué vivimos felices, y por qué vivimos, y por qué vamos juntos tanto tiempo? Porque no entró amor. El día que esto suceda, ya veréis como queda parado el carromato a la mitad de una carretera, y de allí en bandadas dispersas, os perderéis todos. (*Pausa*). Nuestra vida pide otro amor; exige otra clase de amor. Amor que no sea egoísta; amor que salva y redime y da contento y gloria, fama y lucro; el amor al arte; el amor a nuestro arte divino; arte independiente, libre. ¡Viva nuestro arte! ¿Qué clase de amor es mejor que éste? Decidme: ¿Qué clase de amor es mejor que este amor desinteresado y noble de nosotros, que, queriéndonos tanto y amándonos tanto, tanto también nos respetamos? ¿Quién ha habido en nuestra familia que haya ofendido a alguien? Nadie. Pues sigamos con este amor y este respeto, y el mundo será nuestro. Amar nuestro derecho; nuestro deber respetar. Este debe ser nuestro lema; y nuestro escudo, ya lo veis. (*Señalando con arrogancia el cartel que habrá en la parte superior del carromato*) «EL CA-

RRO DE LA ALEGRÍA». Que falten pan y aplausos, pero que no falte alegría.

CLARA.—Demos una vuelta por si se vé venir alguno.

PABLO.—Si vamos (*a Florinda y Arturo*) ¿Venís?

FLORINDA y ARTURO.—Sí, vamos.

CLARA.—Pues, id vosotros por ese lado, por si por ahí vinieran.
(*Salen Pablo y Clara cantando.*)

ESCENA SEGUNDA

FLORINDA y ARTURO (*Pausa*).

ARTURO.—(*Al oír cantar a Pablo*) ¡Qué feliz es Pablo! Parece que su garganta solo se hizo para cantar y que su pecho solo es arca de goces y placeres.

FLORINDA.—Muchas veces estuvo frente a frente con la muerte. Fué un gran trapequista. Raff y Silú, sus discípulos preferidos han sacado mucho de sus lecciones, y hoy, ya los ves, los mejores trapequistas del mundo. Nadie como Raff para lanzarse como una pluma en el aire en busca de los brazos de Silú.

ARTURO.—Y nadie como Silú para aguantar. Su fuerza y su agilidad son envidiables.

FLORINDA.—Pues todo se lo deben a Pablo; al antiguo trapequista Thon Fablé, que corrió todo el mundo presentando el mismo trabajo.

ARTURO.—Hoy no lo podría hacer. Nuestro arte mayor es la novedad. Hoy el artista más bueno, es el artista diverso.

FLORINDA.—Por eso, este Pablo, lo ha comprendido y canta; no se apena...

ARTURO.—Porque no piensa; si pensara no cantaría. ¡Bohemio errante toda su vida; sin amor y sin fortuna, y sin unos brazos que le acaricien y sin una boca que le besel...

FLORINDA.—¡Si que es triste eso! Y no es ese el fin de la vida.

ARTURO.—¡Qué ha de ser, Florinda! Cuando yo ando solo por

esos circos de Dios, de ferial en ferial, de pueblo en pueblo; haciendo reír a los públicos con mi máscara grotesca, cuando recibo—después de un buen trabajo—una salva de aplausos, ¡no lo creerás, Florinda! se me llenan los ojos de lágrimas. ¿A quién voy yo a contar mis triunfos? ¿A quién mis penas? ¿Para qué esta lucha? ¿A quién entrego yo estas ansias de mi alma? ¿Por quién lucho yo?

FLORINDA.—¿No tenías antes una compañera?

FLORINDA.—Sí, mi hermana. Mi hermana Talma; mi querida hermana Talma que no sé por donde para, ni sé si se ha muerto ya.

FLORINDA.—¡Dichoso tú que tienes hermana! que tienes familia.

ARTURO.—¡Y qué familia! ¡Y cómo la tengo! Sólo esa hermana y no sé donde está. (*Pausa*). Por eso cuando voy errante por esos pueblos, siento la nostalgia de mi barracón; siempre deseando llegar al barracón de los míos porque allí hay algo íntimo. Pero, ya ves; he llegado ayer, y hoy... como siempre; nadie me ha acariciado, a nadie puedo contar mis triunfos para que conmigo goce al referirlos. ¡Sólo siempre! ¡Siempre así!

FLORINDA.—Todos llevamos la misma vida.

ARTURO.—Porque queremos. También todos podemos variar. Podemos ser felices. Podemos amarnos. ¿No somos jóvenes?

FLORINDA.—Sí, pero somos pobres.

ARTURO.—¡Qué sabe el amor de pobreza ni de escaseces! Florinda; ¡Qué feliz sería yo si tú... Florinda... te vinieras conmigo para siempre; a trabajar juntos por esas tierras! Ganaríamos más y ahorraríamos; y cuando llegara el invierno no nos sucedería lo que nos sucede ahora. Todo el verano trabajando sin poder traer al barracón ni una peseta. Cigarras no más en todo tiempo. Para nosotros no hay invierno, siempre en verano. Hasta nuestros trajes son reveladores de nuestra perra condición de cigarras.

FLORINDA.—¡Si no traen los demás!

ARTURO.—¡Vaya un invierno! (*Pausa*) Florinda, di que sí, di que me quieres; que te vendrás conmigo. ¡Qué delicia! Tener una mujer

como Florinda, sería toda mi felicidad. Di que sí, di que sí (*Pequeña pausa*) ¿Callas?

FLORINDA.—¡Arturo!... Yo no sé... Sabes tú que los públicos no quieren matrimonios en los circos. Quieren que la mujer, la artista, sea libre como el pájaro. Los empresarios también. No quieren imposiciones de familia para ellos. De no ser una «troupe» completa que hagan un sólo trabajo, no admiten familia de otra clase.

ARTURO.—(*Con alegría*) Podemos crear un número. De saltos con dos caballos. Podemos hacer un número de excéntricos-musicales y acróbatas. ¿Quieres? Seremos la envidia del barracón porque seremos los más felices (*Pausa*). Los felices nos anunciaremos. Los felices excéntricos musicales y acróbatas.

FLORINDA.—(*Entristecida*) No, Arturo... Yo no puedo... No se música...

ARTURO.—No hace falta. Para decir música solo se necesita tener amor; sobran esas hormigas negras que se llaman notas y que son sonidos. Piénsalo, piénsalo despacio; ya me contestarás. Anda; vamos ahora a ver si alguien viene. (*Creyendo haberla convencido*).

FLORINDA.—ARTURO, yo no puedo hacer que confíes... (*Pausa*). Si me guardas el secreto... ¿Tú me quieres?

ARTURO.—Mucho, Florinda; mucho.

FLORINDA.—Pues entonces, guardarás mi secreto.

ARTURO.—¿Qué?

FLORINDA.—¿Guardarás mi secreto si te lo digo?

ARTURO.—¡Qué secreto, Florinda, qué secreto!

FLORINDA.—El mío, Arturo. El que me obliga a no aceptar tu ofrecimiento. ¿Lo guardarás? ¡Es lo único mío, mi secreto!

ARTURO.—Ya que otra cosa no me das, guardaré tu secreto como reliquia tuya.

FLORINDA.—¡Oh gracias! Tú bien sabes que Pablo ha prohibido que en el barracón hayan amores... Ya has dicho antes que éramos jóvenes... Teníamos que amar... ¡Aunque en secreto! Y errantes por el

mundo, distanciados, alguna que otra vez nos escribíamos y sabíamos el uno del otro.

ARTURO.—¿Y dices que en el barracón?... Es acaso algún compañero, un hermano nuestro?

FLORINDA.—Sí.

ARTURO.—¿Raff?

FLORINDA.—¿Lo presumías?

ARTURO.—Lo he adivinado. Es elegante y bueno y gana mucho; el que más de la «troupe».

FLORINDA.—Tu nada dirás.

ARTURO.—A nadie. *(Pausa)* ¿Quiéres venir por si le vemos?

FLORINDA.—¿No me guardas rencor?

ARTURO.—Somos hermanos en arte. Sed felices.

FLORINDA.—Gracias, Arturo; eres muy bueno.

ARTURO.—Sí; eso dicen de los que son como yo, de los que ahogan su pasión en el fondo del pecho. Soy un ave de paso siempre, pero de paso inútil, que lleva un ala rota, la de su ilusión; y solo arrastrándose, haciendo el ridículo, puede vivir en esta vida. Le es permitido a mi alma mirar al cielo pero no puede con un ala sola volar hacia arriba; hacia ese horizonte azul, lleno de ilusión y de vida. ¡Que soy bueno! Pobre, querrás decir; pobre de cuerpo y de alma; de fortuna y de gracia. Pero soy rico en algo. Yo también soy rico en penas, rico en amarguras, y conservaré mi riqueza cuanto pueda. ¡Pobrecitas penas mías! ¡No me dejéis nunca, no me dejéis nunca! *(Pausa)* ¿Vamos? *(Se alejan. Arturo va diciendo a media voz)* ¡Sólo! ¡Eternamente sólo! ¿Dónde estarás hermana mía? ¡Sólo tú endulzarás mi amarga vida! *(Vanse)*.

ESCENA TERCERA

RAFF y SILÚ. Entran jadeantes. Al llegar, uno se sienta y el otro más bien cae rendido. *(Pausa)*.

RAFF.—*(Tendido)*. Tierra bendita es esta que ampara la tierra de

nuestro castillo; de este santo castillo de tablas viejas ¡A tí nos trae el amor!

SILÚ.—Nos trae el hambre, Raff nos trae el hambre.

RAFF.—No, Silú; nos trae el amor. ¿Crees tú que si hubiera ganado mucho dinero no vendría yo a mi barracón, con los míos?

SILÚ.—Tu, sí; a tí te trae el amor, Raff. ¡A mí el hambre! Un poco de caridad y de calor... Vengo muerto, hermano; muerto de hambre y de fatiga. Ha sido largo y penoso el camino recorrido. Y cuando cansados tenemos la esperanza de llegar a puerto seguro, es dulce carga la pena cuando esperamos consolarla con un beso de la que amamos, de la que ocupa nuestros sueños en ausencia del ser querido...

RAFF.—(*Al carromato*). Palacio querido de una familia de artistas; amparo seguro de una troupe bohemia de felices hermanos en un arte sagrado.

SILÚ.—¿Sagrado, cuando con él se atenta a la vida?

RAFF.—¿Te pesa tu arte?

SILÚ.—¡Mi arte, como tu dices! Yo no tengo arte yo solo tengo un medio para vivir ¡Si es vivir esto de ir dando tumbos por la vida!

RAFF.—Pudiste elegir mejor oficio.

SILÚ.—Capitalista, por ejemplo ¿No es eso lo que quieres decir? Raff: acostumbrado a vagar pidiendo limosna de puerta en puerta; ejercitado en los saltos de tapias y en escalar árboles en busca de la ajena propiedad, al verme hombre hecho y derecho, la carrera más próxima y más fácil de aprender es esta. Mi vida parece que varió; esto verán algunos que mi cambio noten; pero mi vida sigue igual. Soy aún el triste mendigo—bohemia de la vida—que pide de puerta en puerta. Aún, cuando estoy en el trapecio volante con los brazos abiertos en espera de tu cuerpo que hacia mí viene desde la otra parte del circo, me figuro ser el golfillo travieso que en la rama de un árbol espera al compañero para mejor cojer la ajena propiedad. El silencio del público por nuestro emocionante trabajo, es a mis oídos el silencio augusto y religioso de la huerta. Es por eso.

por lo que no quiero que en la pista haya nadie; creería que era el guarda de la finca que entre tú y yo asaltamos....

RAFF.—Es la historia de todos. Pero aún es más triste la de ellas... ¡Pobrecitas! (*Pausa*).

SILÚ.—¿Habrán venido todos?

RAFF.—Arturo debe estar, este es su fardo. (*Señalando un bulto*).

SILÚ.—Yo voy a dormir un rato. Déjame descansar.

RAFF.—Yo quiero verla. Habrá salido a esperarme por otro lado. (*Silú entra en el carromato y se tumba*).

SILÚ.—Mala cama; pero tiene techo. La hermosura del cielo azul es cruel para los que caminamos solos. El amparo de unas tablas verdes y viejas es grato asilo para las almas errantes.

RAFF.—(*Solo*) ¡Hermosa temporada echamos! Mucho trabajo, fatigas y poco dinero. Algo sería si tragéramos un poco para ayuda de todos... ¡Que traerán los demás! ¡Puede que gloria! ¡Gloria! ¡Si eso alimentara! (*Pausa*) Salir en nuestra espera, no revela otra cosa que ansiedad ¡Ansiedad! ¡Qué decepción, cuando sepan que nada traemos nosotros tampoco! (*Pausa*) ¿Y Florinda? ¿Dónde estará Florinda? Mi bella Florinda toda luz y toda alegría. (*Acercándose al carromato*) ¡Pobre Silú! Durmiese. Sin amor y sin familia, es la vida muy triste. ¡Muy triste! ¡Ay! Por allí viene Florinda. ¡Florinda! (*llega Florinda*).

ESCENA CUARTA

RAFF Y FLORINDA

FLORINDA.—(*Íntimo momento efusivo*) ¡Rafaell

RAFF.—¡Florinda!

FLORINDA.—Te esperaba impaciente, Rafael.

RAFF.—¿Cuándo llegaste?

FLORINDA.—La primera. Estoy ya cinco días.

RAFF.—¿Dónde estuviste?

FLORINDA.—Cerca; en un pueblo muy viejo, muy viejo y muy bueno.

RAFF.—Cuando a viejo llegó, debió ser bueno.

FLORINDA.—Allí estuvimos mucho tiempo. Yo no salí de allí, y hemos hecho dineros, no muchos, pero los bastante para comer.

RAFF.—Hermosa mía.

FLORINDA.—¿Te acordaste mucho de mí?

RAFF.—Mucho. ¿Y tú?

FLORINDA.—Más que tú.

RAFF.—Mía.

FLORINDA.—Sí, tuya, tuya; mi Rafael.

RAFF.—Tengo ganas, Florinda, de que se cumpla mi sueño: tener carro, viajar solos, ser empresa y compañía a la vez; familia y artistas unidos... Esta es toda mi ilusión, Florinda.

FLORINDA.—La mía no; Rafael. Yo quisiera abandonar esta vida de aplausos y gloria; yo quisiera dejar ya estos trajes que se ciñen al cuerpo; estas caras llenas de colorines y de gasas que tanto frío dan en todo tiempo; frío en el cuerpo y en el alma. Yo no sé cuanto tiempo hace que no he llevado yo un traje negro: un traje negro de mujer... (*Pausa*) Mira cual es mi ilusión; oye: tener una casita pobre, muy pobre; pero llena de luz, y si no tenía alegría, yo se la pondría con mis cantos y mis risas, y con unas jaulas de pájaros y con unos tiestos de flores; tener una máquina para coser, y tener muchas cosas que coser; y coser y coser mientras se calienta al fuego la plancha de hierro; y después planchar ¡oh! como me gustaría a mi planchar, barrer el suelo y cantar; cantar como un jilguero, al compás de la escoba y al ruido de los platos, y al rumor misterioso del hervir del agua... y en esas faenas, esperar al amado, que cansado del trabajo, ha de llegar amoroso para que mis brazos lo recojan y lo acaricien. Así, (*le acaricia*) niño mío; descansa. Pronto estará la comida, rey mío, descansa. ¿Que has hecho? Y él me lo contaría todo, todo. (*Gime*).

RAFF.—¿Lloras, Florinda? ¡Qué buena eres! Qué buena y que santa ¿Por qué lloras?

FLORINDA.—¡Está tan lejos mi sueño!

RAFF.—Los sueños siempre están lejos, Florinda; para que se realicen, es necesario acariciarlos constantemente y perseverar en la empresa de conseguir los cuidados, Florinda, que ellos serán luego una realidad: nuestra realidad. (*Pausa*) ¿Y nuestra gente?

FLORINDA.—Salieron a la vez que nosotros para ir en busca tuya. ¿Vino Silú?

RAFF.—Sí, está descansando. ¡El pobre!

FLORINDA.—Vamos entonces a buscar a Pablo y Clara. También vino Arturo.

RAFF.—Ya ví su equipaje.

FLORINDA.—¿Vamos?

RAFF.—Vamos, sí, Florinda ¡Qué feliz soy a tu lado!

FLORINDA.—Más feliz serás el día en que mi sueño se cumpla. Ya verás. Tú no sabes el tesoro de bondades y de cariños y de halagos que hay en mi alma. Toda mi vida en perpétua reserva de besos y caricias, he conseguido reunir un fabuloso capital de cosas íntimas y agradables que solo saldrán a la luz del día cuando encuentre mi casita y mi hogar; mi ropa blanca y mi máquina, mi plancha y mis hornillas. Hay en mi alma cosas ocultas que son dulces como la miel de abeja; alegres como bandadas de pajarillos; buenas y santas como la luz del sol. Verás que coplas canto al compás de la rueda de la máquina. ¿Quieres oír una? (*Recitando o cantando*).

Mientras la aguja teje
llevando el hilo,
en mi cabeza bullen
los sueños míos.
Sueños divinos,
llevan como la aguja
dorados hilos.

Ya verás, ya verás como en toda la casa retoza la alegría de mi alma, como el sutil cascabeleo de la cabeza de la diosa locura.

RAFF.—¡Locuela!

FLORINDA.—Locura, locura; alegría, paz del hogar.

RAFF.—¡Florinda!

FLORINDA.—Locura, sueño, alegría. (*Se alejan abrazados; Pausa*).

ESCENA QUINTA

ANTONIA y SILÚ; después ARTURO

(*Antonia entrará en escena con un gran bulto al hombro; viene llena de polvo, despeinada, cubierta con un saco de viaje, sombrero y velo. Forma un contraste ridículo este traje —de elegante viajera— con el bulto que trae. Llegará al carromato, arrojará con violencia el bulto; se quitará el sombrero y el velo; el saco de viaje y atusándose el pelo, quedará una linda jovencita con ojos de sufrimiento. Abatida, se sentará junto al carromato dispuesta a dormir*).

ANTONIA.—¡Colombina, Colombina! Quien te viera a tí, solicitada y requerida de todos en las noches de triunfos, conduciendo después tu lío de ropa por entre el polvo de la carretera, llevando un día entero y dos noches sin probar el agua; ¡Colombina, Colombina! La bella «ecuyere» viajando sola sin un céntimo porque la empresa quebró. ¡Qué tenía ella que ver con que no ganaran! Si fué contratada en firme ¿Por qué no le pagásteis a la pobre? ¡Qué vida la nuestra tan perral! ¡Y luego querrán que una sonría!... ¡Qué cansada estoy! (*Oye a Silú que está en el carromato*) ¿Quién duerme?

SILÚ.—¿Eres tú, Colombina?

ANTONIA.—Antonia soy, sí.

SILÚ.—¿Cómo vienes?

ANTONIA.—Sola.

SILÚ.—Como nosotros.

ANTONIA.—¿Quién?

SILÚ.—Yo y Raff: vinimos solos. Yo no pude trabajar nada más que en Denia y en Zamora; después me encontré a Raff; no sé en que



pueblo. El iba contratado para Portugal y me fui con él. Al llegar allí nos encontramos con que el teatro había ardido. ¡Qué desgracia! Pero Raff tenía dinero; había trabajado mucho y bien, y comimos de él mientras buscamos trabajo. De allí fuimos corriendo hasta que llegamos a Mérida. Allí estuvimos trabajando juntos: pero ese pueblo es un pueblo muy particular; solo puede trabajarse por los domingos y por la mañana. ¡Qué rareza! Así es que teníamos toda la semana para corretear por allí y gastar lo poco que ganábamos. Los últimos tres días que estuvimos fueron fiesta y dimos varias funciones; recogimos algo, pero... ¡Este Raff es tan bueno! Se inutilizó un mozo de pista de una caída que dió y le entregó... lo poco que ganamos. Si no aparto yo antes para el viaje y para comer.... Es así; milagro será que le queden algunas monedas de cobre ¡Miseria! (*Pausa*) ¿Qué dices, Colombina? ¿Te has dormido?

ANTONIA.—No, Silú; pienso que hacemos mal en contarnos nuestra vida, porque nada nos sorprende ya. Eso que tu me has contado, no es tu vida solamente: es mi vida y es la vida de nuestros hermanos y la de nuestros compañeros; y la vida de todos los artistas errantes. Varíale los nombres a los pueblos y tendrás la historia de otro artista. Nuestra vida está cortada a patrón como los trajes hechos: todos son iguales.

SILÚ.—Esa es la vida exterior ¡Pero la vida del alma!

ANTONIA.—No hables del alma, Silú, que destrozada y muerta está la mía. Sola y triste navega por el mar de la vida y temo que pierda la costumbre de nadar y caiga al fondo y se ahogue. (*Pausa. Hay un asomo de tristeza en los dos*).

SILÚ.—La vida del alma. Siempre el cuidado del cuerpo.

ANTONIA.—Y el abandono del alma.

SILÚ.—Por nuestra culpa; que podemos cuidarla. No descuidando el culto a nuestros músculos por medio de la gimnasia, a la vez que poner atención en nuestro espíritu.

ANTONIA.—¿Como?

SILÚ.—Entregando nuestra voluntad en mano ajena ¿Quieres tú, Colombina, juntar conmigo la protección? Yo cuidaré de tu alma y de mis músculos; tú, de tu arte y de mi alma. Para eso... si tu quieres, podemos hacer un juramento.

ANTONIA.—¿Juramento?

SILÚ.—Sí, juramento. Si tú no quieres no lo hagas. No quiero obligar a que tu alma jure sin sentir; pero yo si te lo haré. Harto de caminar solo, se encuentra mi alma hambrienta de amor, Colombina.

ANTONIA.—¿Amor?

SILÚ.—Amor, sí, este es el juramento que yo te hago; juramento de amor, de amor puro sin límites.

ANTONIA.—¡Sin límites!

SILÚ.—Sin límites, por ahora, Colombina. Aún no le hemos visto el fin, y las cosas que no tienen fin reconocido, no se puede decir de ellas que son limitadas. Cuando llegue el límite morirá el amor. No ha de ser el amor una excepción de las cosas; como la vida y el hombre, el amor ha de morir. No hay nada inmortal.

ANTONIA.—¡El dolor!

SILÚ.—¿Y cuando muera el mundo?

ANTONIA.—Quedará el dolor y habitará en el caos.

SILÚ.—Bien; yo tolero el dolor cuando con amor nos encuentra. Yo te juro Colombina, amarte siempre. Lo juro por nuestro arte ¿Quieres?

ANTONIA.—Sí, Luis; pero llevemos oculto este amor. Pablo es enemigo de estas cosas.

SILÚ.—Quien es viejo, abomina del amor y de los sueños. Bien, llevaremos oculto nuestro amor, y así nos haremos partes en la lucha. Teniéndote a mi lado, latiendo junto a mi pecho tu corazón amante, (*la abraza*) ya el hambre es bien venido y la miseria y el tedio.

ESCENA SEXTA

Dichos y ARTURO

(Arturo entrará en escena y se quedará en el foro. Parece ser que ha visto a Raff del brazo de Florinda y siente envidia de la felicidad que gozan los dos amantes).

ARTURO.—¡Qué felices! ¡Qué envidia siento yo por esas parejas amorosas! El amor debe endulzar la vida y debe quitar la pena de nuestra alma. *(Pausa)* Ya viene Thon Fablé; el padre de Pablo con Clara; su compañera: otra pareja. Solamente quedamos Colombina y yo, *(pausa. Queda pensativo)*. Sí, ¿Por qué, no? Colombina es buena, muy buena; quizás más buena que Florinda. Colombina y yo... Pierrot y Colombina. ¡Sí, sí! *(Se acerca al carromato y al ver a Antonia que está abrazada a Silú, retrocede horrorizado)*.

SILÚ.—*(En voz Baja)* ¿Toda la vida?

ANTONIA.—Sí ¿Y tú?

SILÚ.—Hasta después de la vida...

ARTURO.—¡Se adelantó Arlequín! ¡Pobre Pierrot, siempre solo; destinado eternamente a cantar sus tristezas a la luna; viajando por la vida en un carro. ¡En el carro de la alegría! Alegría, sí; alegría del que lo vé, lleno de colorines y de cintajos, y de cómicos y de música. La trompeta y el tambor, dan al carro la nota alegre y colorista; pero los que en él carro viajan, no van alegres. ¡Oh público bueno y caritativo! Cuando veas pasar al triste carromato de la alegría, tén para nosotros una lágrima de compasión, en vez de una sonrisa de júbilo; que los que en él viajan, marchan solos por la vida sin otro amor que el amor propio, y con un alma destrozada y con un corazón hecho pedazos y con los ojos secos, olvidados de cómo se llora. Sólo saben cerrarse y abrirse y hacer guiños para fingir que lloran. ¡Pero ni siquiera se humedecen los muy... *(Cae abatido sobre unos sacos y oculta el rostro entre las manos)*.

ESCENA SEPTIMA

Dichos, PABLO y CLARA: al poco entran RAFF y FLORINDA:
(Pausa)

PABLO.—(A Arturo)¿Vinieron todos?

ARTURO.—(Como despertando) Sí; creo que todos. Ahí están. (Silú y Antonia, al oír a Pablo se separan y hacen como que arreglan la ropa).

PABLO.—Bien venidos los hijos del arte. (A Silú) ¿Y tú hermano Raff?

SILÚ.—Fuese con Florinda a buscaros.

CLARA.—No los vimos. (A Arturo) ¿Los vistees tú?

ARTURO.—No; pero aquí vienen los dos.

PABLO.—Nadie falta.

CLARA.—A hacer las cuentas.

PABLO.—Eso; las cuentas.

ARTURO.—¿Y qué contaremos, triunfos, éxitos, fracasos, luchas? ¡Porque pesetas...! Hablo por mí. (Llegan Raff y Florinda).

FLORINDA.—(Alegres) Todos aquí. Adios Antonia. (Se besan) Otra vez reunidos como en familia.

RAFF.—Familia de artistas que, unidos por el amor van pregonando su arte.

ANTONIA.—Eso, amor.

SILÚ.—Con amor al arte.

FLORINDA.—¡Con amor al amor!

PABLO.—No hablemos de amor.

RAFF.—Hablaemos de juventud, que es igual.

ARTURO.—O de Arte.

FLORINDA.—También es igual. (Pausa).

PABLO.—Ea, reunámonos; sentaos. ¿Qué hicisteis? (pausa. Todos callan y bajan los ojos avergonzados). ¿Nada traéis, jovenes ciga-

rras? ¿No pensásteis en un momento en ser hormigas para traer un grano de trigo con que saciar el hambre del invierno? (*pausa.*)

RAFF.—¡No fuimos sino cigarras! (*Tristemente.*)

PABLO.—¿Qué decís los demás?

SILÚ.—La misma escasez revelan nuestros rostros.

ARTURO.—El hambre preside nuestra vida.

FLORINDA.—(*Aparte*) Desde hoy mi vida la preside amor.

ANTONIA.—(*Aparte*) Mi vida desde hoy la preside amor.

FLORINDA.—(*Aparte*) ¡Ilusión... vida!

ANTONIA.—(*Aparte*) ¡Vida... ilusión!

PABLO.—(*Molesto*) A pasear el hambre ¿eh? A ir errantes de ferial en ferial. No podeis salir del nido.

RAFF.—No saldremos más; iremos siempre juntos, haremos funciones. ¿Verdad Florinda?

FLORINDA.—(*Espresiva*) Sí, sí; siempre juntos.

SILÚ.—(*A Antonia*) ¿Quieres tú?

ANTONIA.—Sí ¡Juntos! (*Amorosa*).

ARTURO.—(*Aparte*) ¡Pobre hermana mía! ¡Siempre solo! (*pausa*).

PABLO.—Descansar pues, y esta tarde partiremos al pueblo vecino; es feria en él y haremos feria.

SILÚ.—Descansemos. (*Pausa. Comienzan a elegir sitio para acostarse. Uno toma un saco, otro entra al carro; conviene mover un poco esta escena para componer un cuadro de ambiente bohemio. Pablo y Clara se sentarán a un lado. Arturo, fuera del carromato se sienta; silencioso y triste.*)

ESCENA OCTAVA

(*El Señor Marqués, del brazo de su hija Claudia y dichos*).

CLAUDINA.—(*Muy bien vestida*) Este paseo te sentará bien, papaito. Todas las mañanas, antes de salir el sol, daremos una vuelta hasta el camino real, y allí almorzaremos; y en el coche del hijo de Tomasa, regresaremos a casita. Entonces te acuestas y duermes todo lo

que quieras. Pero por la mañanita bien temprano, a la calle, a ver salir el sol; a almorzar en la venta del camino real, y a la casa. Esta ha de ser tu vida desde hoy; verás como esos mareos y esas angustias te desaparecen. ¡En buenas manos has caído!

MARQUÉS.—¡Dios te bendiga, hija mía! Sí, sí; haré todo lo que tú quieras. Como si quieres que volvamos andando: lo que tu quieras.

CLAUDINA.—No; andando, no, Señor Marqués; hace mucho sol a esa hora.

MARQUÉS.—Bien lo que tú quieras, Claudina; dulce Claudina.

CLAUDINA.—Mira, papá; un carro de bohemios; titiriteros, domadores de osos. ¡Qué gusto y que lástima a la vez me dá el ver estas gentes! ¡Siempre andando como judíos errantes! ¿Qué comerá esta gente? Míralos. (*Acercándose*) Tienen caras de hambre. ¡Pobrecillos! ¡Siempre de pueblo en pueblo, por largas carreteras empolvadas, aplastados por el sol. ¿Quieres que hablemos con este?

MARQUÉS.—Déjalo; está durmiendo.

CLAUDINA.—No importa; les daremos algo. ¡Eh! (*Tocando en el hombro a Arturo*) ¡Artista!

ARTURO.—(*Adormecido*) ¡Qué, quién es! (*Se levanta*).

MARQUÉS.—¿Sabe dónde está la venta del camino real?

ARTURO.—Sí: este es el camino real; al final de él está la venta.

MARQUÉS.—Muchas gracias. ¿Es usted de los de este barracón?

ARTURO.—Sí señor; somos artistas, artistas de circo. Yo soy el clown.

MARQUÉS.—¡Triste oficio!

ARTURO.—Muy triste, señor, muy triste. Eso de hacer reír a la fuerza, aunque se tenga el alma llena de penas, es un dolor que a nada puede compararse.

CLAUDINA.—Es más bonito trabajo el del acróbata. ¿Verdad? Saltar, hacer piruetas. Es elegante.

ARTURO.—En la pista, sí; pero nada más que en la pista y visto desde el público. ¡Pero desde dentro...! Esa elegancia señorita, es dolorosa, triste.

MARQUÉS.—¿Y ustedes van de camino hacia algún circo? ¿Contratados quizás?

ARTURO.—No señor; venimos de regreso. El barracón, con nuestro jefe de «troupe» nos espera aquí a todos los que marchamos, en busca de contrata unos y contratados otros.

MARQUÉS.—El barracón es la meta de vuestra vida.

ARTURO.—Sí; allí donde esté, está nuestro hogar.

CLAUDINA.—¿Y ya terminaron todas sus contratas?

ARTURO.—Sí; hoy terminaron todos de venir. Ya estamos dispuestos a partir; a correr pueblos y aldeas en busca de pan.

MARQUÉS.—¿Nada ganaron?

ARTURO.—¡Nada, señor!

CLAUDINA.—¡Qué lástima! (*Aparte a su padre*) Papá; dale un socorro para él y para los suyos. ¿Quieres?

MARQUÉS.—Sí, hija; ¡Pobre gente! (*Saca un puñado de monedas de plata; a su sonido despiertan los del carromato y presencian el final de la escena entre Arturo y aquellos señores*) Tome. (*Dándole el dinero a Arturo*) En gracia al favor que me habeis hecho de orientarme para la venta del camino real. (*Arturo no sabe que hacer, con la palma de la mano abierta recibe las monedas y queda atónito*).

MARQUÉS.—¡Quedad con Dios, Artistas!

CLAUDINA.—(*Conduciendo a su papá*) ¡Pobre gente! ¡Qué manera de vivir!

MARQUÉS.—Pues son felices.

CLAUDINA.—¿Porqué?

MARQUÉS.—Porque no conocen otra vida. (*Vanse*)

ARTURO.—(*Pasmado*) ¡Dinero; dinero no ganado! ¡Qué se hará con el dinero que no se gana!

ESCENA ÚLTIMA

(*Todos menos Claudina y el Marqués*)

RAFF.—(*Viendo que Arturo está perplejo y sin saber si se han ido los otros señores*) ¿Qué, te has encantado?

ARTURO.—Sí que sí. Es la vez primera que me dan dinero sin haberlo ganado. Siempre me pagaron después de trabajar, y ahora, no sé que es lo que hay que hacer para ganar este dinero.

SILÚ.—Pues guardarlo ¿Qué más trabajo?

PABLO.—Trae aquí, tonto.

ARTURO.—No; hay que ganarlo.

FLORINDA.—Dice bien Arturo; hay que ganarlo.

RAFF.—Veamos como.

ARTURO.—Trabajando.

FLORINDA.—Sí, sí; trabajando.

ARTURO.—Nosotros no debemos aceptar esta limosna —limosna que tampoco debemos despreciar, porque es la necesidad muy mala consejera de deberes,— sin ganarla honradamente; trabajando. (*Decidido y alegre*) Yo os diré como; ea: hagamos todo lo que sepamos; una función al aire libre; aquí; este es el circo. (*Quitando y apartando cosas del suelo*) El carromato nuestro cuarto de vestir.

RAFF.—¿Donde está el público?

ARTURO.—¿El público? Ya viene; pronto estará en la pista: en su pista que es el mundo. Va a amanecer; esperemos la salida del sol para trabajar ante el mejor de los públicos, ante el astro rey, ante el padre sol que con su luz nos acompaña por esas carreteras cuando regresamos pobres de nuestras «turnés» artísticas. Trabajemos por vez primera ante el mejor de los públicos; que no nos dirá nada si lo hacemos mal, y en cambio nos sonreirá y nos enviará un saludo de amor, lleno de calor y deluz...

TODOS.—¡Bien por el clown Turón. (*El cielo comienza a teñirse de rojo*).

ARTURO.—Ya sale el sol ¡Esperemos! (*Hace sonar la campana y chilla*) ¡Va a dar comienzo la función por la compañía acrobática, mímica y lírica que dirige el sabio artista Thon Fablé; en la que figuran las bellas ecuyeres Florinda y Colombina; los famosos trapeceistas Raff y Silú; la antigua célebre mímica la Dalía, y el original y grotesco clown

Turón, (*Conforme se aproxima el final, va enronqueciendo su voz y declama mas angustiosamente, hasta que termina llorando*) que salta, brinca, corre, vuela, ladra, chilla... rulle... canta... ríe... (*Empieza a llorar de alegría y cae junto al carromato*).

FLORINDA.—(*Terminando el discurso de Arturo*) ¡Y llora!

ARTURO.—(*Levantándose rápido*) ¡Sí benditas lágrimas (*llorando*) que bañasteis mi alma de una inefable alegría! ¡A trabajar todos; es la hora! Primer cuadro: (*Al público*) Los aplausos a la «troupe» del CARRO DE LA ALEGRÍA.

TELÓN



306
dud

Obras del mismo Autor

AMOR, comedia en 2 actos (agotada)

EL PSEUDÓNIMO, comedia en 1 acto (Id.)

¡PUMMBA!, novela bohemia 1'50 pesetas

LA CIENCIA DEL DEBER, novela (agotada)

LA LEYENDA DEL VIEJO CASERÓN, (Id.)

EL BRAZO DEL ANGEL, cuento (Id.)

TORRE DE RIMAS, versos 2 pesetas

EL ARTE DE LA DECLAMACIÓN, 5 pesetas

LA BODA DE LOS MUERTOS, tragedia en 1 acto 1'50

EL CARRO DE LA ALEGRÍA, comedia.